

sitio favorable, cerca de algun árbol grande, escogido de antemano.

Cuando el jinete que parece hacer frente al animal, supone que sus compañeros han llegado al sitio y se han apostado, parte como un rayo, llega al pié del árbol indicado, salta del caballo que huye, y trepa por las ramas.

El rinoceronte, que le ha seguido, se arroja con furia contra el árbol, que quisiera derribar, y en el que clava su cuerno profundamente. Pero mientras hace esfuerzos inauditos para desprenderse, los cazadores emboscados caen sobre él y le matan á lanzadas.

El rinoceronte atacado, toma, como se ve, un árbol por un cazador, y descarga su rabia contra él. Livingstone atribuye este error al cuerno colocado precisamente sobre la línea del rayo visual, y da por prueba de su opinion que la variedad llamada *kua-boabo*, cuyo cuerno se baja de manera que no estorba la vision, demuestra mas discernimiento que las otras especies. Démoslo por cierto. Los ojos son muy pequeños y hundidos. En cambio el oído y el olfato son muy sutiles; al menor ruido el animal se alarma, endereza las orejas, se levanta y escucha; á no ser que esté dormido, porque tiene un sueño extraordinariamente pesado. Se ha dicho lo contrario, pero Sparrman cuenta lo siguiente:

«Dos de nuestros tiradores hotentotes apercibieron á través del follaje y á tres ó cuatro pasos de distancia, un rinoceronte echado sobre el lado derecho, y tan profundamente dormido, que no despertó al ruido bastante fuerte que produjo casualmente el choque de sus escopetas una contra otra. El primer movimiento que hicieron fué apuntarle; pero como no se habia despertado y no veian mas que la parte posterior de su cuerpo, despues de haber deliberado describieron un círculo, y colocándose de modo que pudieran apuntar sus dos escopetas cerca de la cabeza del rinoceronte, le descargaron á la vez los dos tiros sobre el pecho. Como el animal se movia, aunque muy débilmente, temieron que pudiera aun levantarse y perseguirles; entonces tanto por divertirse como por precaucion, volvieron á cargar sus armas, y le tiraron todavia algunas balas.»

Avisaron á Le Vaillant, que en una llanura á corta distancia de su campamento estaban parados dos rinocerontes juntos; en seguida partió en compañía de su gente.

«Como uno de ellos era mucho mayor que el otro, los creimos macho y hembra. Iban con la nariz al viento, y por consiguiente nos presentaban la grupa. Es costumbre de estos cuadrúpedos, cuando se pasean así, colocarse en la direccion del viento, para que el olfato les advierta si tienen enemigos que temer. Entonces solo vuelven de tiempo en tiempo la cabeza, para echar una ojeada hácia atrás y velar por su seguridad; pero es asunto de un instante.

«Ya discutíamos sobre las disposiciones que habíamos de tomar para emprender nuestro ataque, cuando Jonker, uno de mis hotentotes, me pidió que le dejara atacar á él solo las dos bestias. Le dejé obrar. Se desnudó completamente, y partió con su escopeta y arrastrándose sobre el vientre como una serpiente.

«Mientras sucedia esto yo indicaba á mis cazadores los diferentes puestos que debian ocupar. Yo me quedé en el sitio que ocupaba con dos hotentotes; uno tenia mi caballo, y el otro los perros; los tres nos ocultamos detrás de un matorral.

«Pronto principiaron sus movimientos de observacion y de temor á hacerse mas frecuentes, y empecé á temer que se hubiesen apercibido del ruido que hacian mis perros,

que, habiéndolos visto, hacian grandes esfuerzos para escapar á su guardián y lanzarse sobre ellos.

«Jonker, por su parte, avanzaba siempre, aunque lentamente, y con los ojos fijos sobre los dos animales. En cuanto les veia volver la cabeza se quedaba inmóvil.

«Con tantas interrupciones, se estuvo arrastrando mas de una hora. Al fin le vi dirigirse hácia un gran matorral que se encontraba á lo mas á doscientos pasos de los rinocerontes. Llegado allí, y seguro de poder ocultarse, se levantó, y despues de mirar á todas partes para ver si sus camaradas estaban en sus puestos, se preparó á tirar.

«Yo le habia seguido con la vista mientras se arrastraba; á medida que se acercaba sentia mi corazón latir con mas violencia. Pero los latidos subieron de punto cuando le vi tan cerca de los animales, y dispuesto á tirar sobre uno de ellos. Esperaba con la mas viva impaciencia que saliese el tiro, y no concebía que era lo que le impedia tirar; pero el hotentote que estaba á mi lado, y que á la simple vista le distinguia perfectamente me dijo que si Jonker no tiraba, era por que esperaba que uno de los rinocerontes se volviera, para apuntarle á la cabeza.

«En efecto, el mayor de los dos miró hácia mi lado, é inmediatamente recibió un tiro. Al sentirse herido lanzó un grito espantoso, y seguido de su hembra corrió con furor hácia el sitio de donde habia salido el ruido. Un sudor frio corrió por todo mi cuerpo. Esperaba ver á los dos monstruos derribar el matorral, pisotear al desgraciado Jonker, y hacerle pedazos; pero se habia echado boca abajo. La estratagema le habia salido perfectamente: pasaron cerca de él sin verle, y vinieron derechos hácia mí.

«Entonces sucedió á mi angustia la alegría, y me dispuse á recibirlos. Pero los perros, animados ya por el tiro que habian oído, se alborotaron de tal manera al verlos venir, que no pudiendo ya contenerlos, los desaté y los solté contra ellos.

«A esta vista torcieron su rumbo, y fueron á dar en una de las emboscadas, donde sufrieron una nueva descarga; despues, en otra, donde recibieron la tercera. Mis perros, por su parte, les acosaban encarnizadamente, lo cual aumentaba todavía su rabia. Daban contra ellos terribles embestidas; araban la llanura con sus cuerpos, y haciendo surcos de 7 á 8 pulgadas de profundidad, lanzaban en su derredor una nube de piedras y guijarros.

«Durante este tiempo nos aproximamos todos, á fin de estrecharles de mas cerca, y reunir contra ellos todas nuestras fuerzas. Aquella multitud de enemigos de que se veian rodeados, les enfureció de una manera indecible. De repente se detuvo el macho, y cesando de huir de los perros, se volvió contra ellos para atacarlos y destruirlos. Pero mientras él los perseguía la hembra se escapó.

«Yo celebré mucho esta fuga, que nos era muy favorable; porque es innegable que á pesar de nuestro número y nuestras armas, dos adversarios tan formidables nos hubieran dado mucho que hacer. Confieso que sin los perros no hubiéramos podido combatir sin grave riesgo al que quedaba. Los rastros de sangre que dejaba por donde pasaba, nos anunciaban que habia recibido mas de una herida, y cada vez se defendia con mas furia.

«Sin embargo, despues de un ataque desesperado, se batió en retirada, y pareció querer llegar á unos matorrales, al parecer para apoyarse en ellos y no poder ser acosado mas que por delante. Adiviné su astucia, y con objeto de prevenirla me arrojé hácia los matorrales, haciendo señas á los cazadores menos lejanos para que viniesen

tambien. No estaba mas que á treinta pasos de nosotros, cuando nos apoderamos del puesto. En seguida apuntando los tres á un tiempo, soltamos nuestros tres tiros á la vez, y cayó para no volverse á levantar.»

G. M.

LA SABIDURIA DE LAS NACIONES.

Es lo cierto que así los pueblos como los individuos, lo mismo los héroes que los simples particulares, cuando se ven asaltados de crisis extraordinarias que amenazan su existencia, nunca se curaron con paliativos. Tal vez lo

mínimo es superior á lo máximo, según nuestro Padre Feijóo. Esa niña que se presenta en el primer término de nuestro grabado, estremecida ante la doncella que le trae el medicamento repugnante, ¿dejará de ofrecer analogía con la desgraciada Sofonisba al recibir la esclava enviada por su esposo Masinissa con el tósigo mortal que había de librarla de sufrir la ignominia de adornar el triunfo de Escipion?

Al fijarnos en el muchacho afrentado con las orejas de asno y llevando á la espalda la mal formada plana, comprenderemos desde luego todas las tribulaciones del rey Midas, castigado á sufrir la misma pena por su ignorancia; con la diferencia que este desdichado monarca pudo agenciarse un gorro artísticamente dispuesto que ocultaba su deformidad.



A grandes males grandes remedios.

Es igual desatar que cortar, dijo el famoso Alejandro al romper el nudo gordiano, y con esto adquirió el dominio del Asia, prometido por el oráculo al que resolviese la dificultad, con menos trabajo que le cuesta al rústico dibujado en lo alto, abatir un corpulento roble para desembarazar su campo.

¡Pero qué más, amigo lector! si por desgracia alguna vez en tu vida te has visto precisado á consumir la heroica resolución de tomar asiento en el banquillo, butaca ó sea lo que fuese, de un sacamuelas, si tus carnes y nervios se han estremecido al sentir la implacable tenaza de hierro hacer presa en tus molares, nada estrañarás el paralelo que puede hacerse entre ese miserable que juega el todo por el todo para librarse de un padecimiento infernal, y Hernán Cortés destruyendo sus naves para evitar la retirada de sus tropas. *La muerte ó la victoria*, dijo el uno: líbrame de

dolor tan insufrible, mas que me arranques el alma, debió pensar el otro.

Llegamos á la parte mas delicada de nuestra tarea y estamos resueltos á escribir muy poco sobre ella. Las intenciones de esa turba de gente famélica armada de instrumentos alevosos, persiguiendo á ese desdichado que procura defenderse apretando contra su envés el asiento de la poltrona, son demasiado significativas para necesitar explicaciones. Solo diremos recordando lo frágil de nuestro ser, aquellos versos del Macías:

..... Corred un velo
Sobre lance tan fatal.
—No sabe ningún mortal
El fin que le guarda el cielo.

Ch.

LOS MINEROS DE CALIFORNIA.



Grabado tomado de la VIDA SUBTERRANEA.

SEGUNDA SERIE. -1867.

AÑO XXV. 22

CRUCES Y MEDALLAS CONMEMORATIVAS

DE SERVICIOS HECHOS DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA.

Apenas quedan ya veteranos que luzcan al pecho las insignias ganadas en las lides á que se lanzaron con patriótica indignación y fervido entusiasmo por no doblar la altiva cerviz al yugo de Francia: punto ménos ó algo más que octogenarios son ya todos: cuando hayan bajado á la tumba, plausible será que dentro de un cuadro figuren las condecoraciones creadas para galardonar sus proezas: entretanto parece oportuno, interesante y aun necesario enumerar y describir tales distintivos, segun el órden cronológico de los sucesos varios de entonces. Hoy se puntualizan aquí las diversas jornadas, otro día se hará mención fiel del modo con que se perpetuó la memoria de cada una de ellas.

Dos de Mayo. — Bajo la pirámide fúnebre del Campo de la Lealtad reposan las cenizas de los primeros héroes de la independencia española, y allí la muchedumbre y todas las clases les rinden tributo de admiración y de respeto. Día fué aquel de gloria y de luto. Don Luis Daoiz y Don Pedro Velarde exhalaron el último aliento á las puertas del Parque Viejo de artillería y consiguieron eterna fama. Inermes arrojóse el pueblo á la lucha: no fué vencido, pero sí asesinado en virtud y por obra del sanguinario bando con que Murat sentenció á inmediato fusilamiento á cuantos llevaran encima hasta unas tijeras ó un corta-plumas; y todo cuando mustio y fiado en palabras de paz y olvido ya comprimía su justa saña. Al arranque de furia había dado causa ocasional la noticia de que el adolescente infante D. Francisco lloraba por no salir del Palacio Real con dirección á Bayona, donde ya estaban sus padres y hermanos: donde hubo mas arcabuceamientos fué en el Retiro y en el Prado, en la montaña del Príncipe Pio y en el patio ó átrio del Buen Suceso. Legítimamente interpreta el Ayuntamiento de Madrid los sentimientos del vecindario, cuando reparte las esquelas de convite, para salir procesionalmente de las casas consistoriales hácia la Real iglesia de San Isidro, y cuando tras de asistir á las solemnes honras y á la oración fúnebre en aquel vasto santuario, se dirige al monumento del Prado en igual forma, para que se cante allí á las víctimas un responso. Algunas pocas voces califican esta función religiosa y nacional de antiqualla: por dicha cada vez hallarán aquí ménos eco.

Fuga de los zapadores. — Por entonces la escuela de ingenieros estaba en Alcalá de Henares; y tan luego como se supo en aquella ciudad lo del 2 de Mayo, el comandante Don José Veguer no vaciló en arrostrar los peligros de emprender la marcha al frente de dos compañías. Así pudo salvar la bandera, las armas, la caja militar y las municiones, y ponerse á las órdenes del capitán general de Valencia.

Juntas provinciales. — Con la desgarradora noticia de los fusilamientos de Madrid cruzóse por el reino la escandalosísima de las renunciaciones de Bayona, con las que Napoleón resolvió que su hermano José Bonaparte subiera aquí al trono de dos mundos. Una chispa eléctrica no hubiera producido efecto más instantáneo que el de semejantes novedades irritantísimas en los ánimos de nuestros padres. Todas las provincias se levantaron como un solo hombre, sin saber las unas de las otras, é instintivamente crearon

juntas de personas de viso y arraigo. Así fué posible regir el movimiento, improvisar recursos y atender á todo: no admite duda alguna que de aquel impulso gigantesco y uniforme se derivó la resistencia formidable y nunca amonada ni con la repetición de los descalabros. Estas juntas dieron vida á la Junta Central muy pronto, que en Aranjuez y Sevilla y Cádiz funcionó sucesivamente, dejando el lugar á una regencia, no sin convocar antes las Cortes generales y extraordinarias.

San Jorge. — Servicios muy señalados tuvo ocasión de prestar desde los principios la junta provincial de Cataluña, pues agravó allí las dificultades por extremo la circunstancia de haber ocupado alevosamente los franceses á Barcelona con todas sus fortificaciones, antes de quitarse la máscara de amigos con que bajaron de los Pirineos y se extendieron por España. A pesar de todo aquellos eminentes patriotas despreciaron vidas y haciendas, y como por arte de magia consiguieron dar unidad á los ímpetus populares, y armar somatenes, hábiles en trepar á rocas y en descender á precipicios y en salir por escabrosidades á campo raso. De esta suerte los catalanes pudieron brillantemente cosechar en el Bruch muy pronto los primeros laureles con tanto fruto, que interceptaron las comunicaciones del jefe enemigo con los invasores de Aragón y con Francia.

Fuga de Portugal. — A tenor de lo estipulado en el tratado de Fontainebleau vinieron aquí los franceses de paso y con dirección al reino vecino, de cuya desmembración había de tocar al Príncipe de la Paz la soberanía en los Algarbes. Con el general Junot y con los franceses invadieron aquel territorio dos divisiones españolas, á las órdenes de Don Domingo Belestá la primera y de Don Juan Carrafa la segunda. También las provincias de Portugal se alzaron por su independencia como las de España. Toda la división de Belestá pasóse inmediatamente á Galicia: no pudo operar de análogo modo la de Carrafa, por tener los cantones en punto más central y hácia Lisboa. Sin embargo, de Mafra se vino á Extremadura el marqués de Malespina; y aún fué más notable el arrojó de los cuerpos de Valencia y Murcia, pues desde Setúbal emprendieron la peligrosa marcha, y al general Graindorge arrollaron briosamente en los Pegões, y al fin pisaron el territorio español con una bandera.

Puente de Alcolea. — Desde Toledo y con dirección á Cádiz partió Dupont el día 24 de Mayo de 1808 á la cabeza de diez mil hombres. Signos de hostilidad comprimida observó en todas partes; pero hasta que dió vista al Puente de Alcolea nadie se le interpuso apercibido á una batalla. Allí capitaneaba Don Pedro Agustín de Echevarría á tres mil soldados y mucho paisanaje: de prisa había construido una cabeza de puente: á la izquierda del Guadalquivir puso los caballos, y con los peones recibió á los franceses á tiros. Dos horas duró la pelea: no fogueados los paisanos hasta entonces, por fin se dieron á la huida; merced al buen continente de los jinetes, sin gran pérdida retiróse la tropa. Esta acción fué el 7 de Junio: aunque no fuera venturosa para nuestras armas, galardon merecía el arrojó, mucho más no habiéndose trocado á consecuencia del revés en desaliento, puesto que todos los que allí emprendieron la fuga, una vez y otra retornaron á medirse con los enemigos, sin que los azares de la guerra les entibiasen su entusiasmo.

Rendición de la escuadra francesa. — Cadiz respondió al grito de las provincias españolas, clamando inmediatamente por la rendición de la escuadra allí surta á las órde-

nes del vice-almirante Rossilly y compuesta de cuatro navíos y una fragata. Infructuosos resultaron los tratos entre nuestro gobernador Don Tomás de Morla y el vice-almirante enemigo; y con fecha de 7 de Junio le hubo de atacar nuestro general Don Juan Ruiz de Apodaca en el canal de la Carraca. Varios días pasaron entre hostilidades y conferencias: rotas las últimas el 13 por la noche, á las siete de la otra mañana se puso la señal de fuego sobre la torre de Tavira; señal que Ruiz de Apodaca repitió al punto en los topes del navío *Príncipe de Asturias*, y que forzó á Rossilly á entregarse á merced de los españoles. Sobremanera alborozó á Cadiz tal victoria, obtenida sin el auxilio que anhelaban prestar los ingleses. Con los buques se cogieron tres mil seiscientos setenta y seis tripulantes y soldados, cuatrocientos cuarenta y dos cañones y grande porción de pertrechos.

Mengibar.—No se determinó Dupont á pasar de Córdoba tras de forzar el paso del Guadalquivir por el Puente de Alcolea, mientras no le llegaran más tropas ya en marcha, á causa de que el general Don Francisco Javier Castaños juntaba los once mil soldados de su comandancia general del Campo de San Roque á los reunidos por la junta de Sevilla, bajo la presidencia del ilustre Don Francisco Arias Saavedra y á los sacados por Don Teodoro Reding de Granada. Cerca de Mengibar y por el vado del Rincon atravesaba este caudillo el Guadalquivir á las cuatro de la mañana del 16 de Julio. Ya Dupont había recibido refuerzos, y Liger Belair se opuso al movimiento de los nuestros con trece mil hombres; pero vióse obligado á la retirada, aunque fué Gobert en su ayuda, sin alcanzar más que la muerte. A la pericia del mayor general Abadía se debió en mucho la fortuna de la jornada.

Bailen.—Magno triunfo alcanzaron el 19 de Julio nuestros españoles contra las tropas francesas recientemente vencedoras en todos los campos de batalla de Europa. Tras sangrienta y pertinaz lucha, no tuvo Dupont más arbitrio que rendir las armas con veintimil hombres al popular Castaños. Personalmente no se halló este caudillo en Bailen á la hora del combate; pero el plan de campaña era suyo: sin su declaración pronta y su gran prestigio no presentarían las provincias andaluzas ninguna fuerza medianamente organizada contra los invasores; y sobre todo, á no ser por su sagacidad y su entereza, no se sacara tanto fruto de la jornada brillante. Don Alberto Lista fué el primero en cantar entusiásticamente el insigne hecho de armas: años adelante la Real Academia Española hizolo asunto de uno de sus certámenes literarios, y no pocos vates respondieron á la convocatoria: ya nonagenario estuvo presente el general preclaro á la adjudicación de los premios, y las lágrimas se le saltaron de los ojos, cuando se oyó entre aplausos concordes la siguiente frase de uno de los laureados por el asunto en prosa: «¡Gloria al ilustre general Castaños, cuya existencia conserva el cielo para que sea monumento vivo de aquella imperecedera jornada!» No lo fué ya sino muy poco tiempo: esta solemnidad tuvo lugar el año de 1851 á 29 de Junio, y su muerte acaeció el 24 de Setiembre del siguiente año. Ceremonia esencialmente nacional fué la de la traslación de su cadáver desde el templo de San Isidro hasta el santuario de Atocha; y á las honras asistió la Reina con su augusto esposo. Aun no se le ha dedicado un sepulcro; algún día se le habrá de erigir una estatua. Conocidísimo es el notable cuadro de *La rendición de Bailen* desde la penúltima exposición de Bellas Artes. Felicísimo estuvo el pintor Casado en el desempeño, y cabalmente más en lo que algunos cri-

ticos repararon desacordadamente sobre la actitud modesta del general vencedor y el jactancioso porte del vencido. No lo afirmara yo tan de plano, si no hubiera oído con satisfacción y especial gusto de boca del mismo general Castaños lo que pasó entonces. Dupont le dijo palabras, que traducidas literalmente al castellano son de este modo:—«General, os entrego una espada diez y siete veces victoriosa.»—A las cuales respondió con naturalidad suma:—«Pues yo esta es la primera vez que mandó en jefe.»—Tal es el momento representado en el lienzo de Casado muy á maravilla. Cuando M. Thiers habló de la batalla de Bailen en su *Historia del Consulado y del Imperio*, lo hizo de modo que el gobierno español creyó necesario publicar una relación verídica de suceso tan de bulto; y para redactar el trabajo se nombró una comisión entre cuyos individuos figuraron los eminentes varones Don Manuel José Quintana y Don Antonio Remon Zarco del Valle. Por causas desconocidas no llegaron al término de su tarea, si bien reunieron planos y noticias, que ahora sirven con otros documentos al distinguido señor Arceche para su *Historia militar de la guerra de la independencia de España*. Dos capítulos comprende la batalla de Bailen y son los últimos que ha leído en casa del general don Eduardo Fernandez San Roman á varios amigos. Nada queda por saber allí de lo concerniente á la jornada memorable; y el público aplaudirá sin duda que sin demora se empiece á dar la interesante obra del señor Arceche á la estampa.

Norte.—Del dócil Carlos IV y del obcecado Príncipe de la Paz obtuvo Napoleon una división de catorce mil españoles, que por Marzo de 1807 partía á las órdenes del marqués de la Romana, y que por Agosto ya operaba á las órdenes del mariscal Bernadotte hacia Hamburgo. Entre el mar y el ejército francés diseminóse á nuestros batallones y escuadrones á la siguiente primavera, mientras aquí llevaba Napoleon su perfidia usurpadora á cabo. Heroicamente se negaron aquellas leales tropas á jurar á José Bonaparte por monarca. Diputados de varias juntas provinciales alcanzaron del gobierno británico el envío de una escuadra á aquellos mares. Por apoderarse de la isla de Langeland comenzaron los españoles: á ella fueron los acantonados en la de Fionia, donde tenía su cuartel general el marqués de la Romana: desde la península de Jutlandia también acudieron los regimientos de caballería del Rey y del Infante, no logrando el del Algarbe la misma fortuna: tampoco de Zelandia pudieron llegar los ya desarmados regimientos de Asturias y Guadalajara. Próximos estaban á darse á la vela en Langeland más de nueve mil españoles, cuando Bernadotte apeló al último recurso, esparciendo proclamas y activando la diligencia de sus agentes, á fin de propalar falsas voces, que introdujeran la desconfianza en nuestras filas y le proporcionasen la ventaja de sacar partido de la discordia. Con sublime y elocuente respuesta le desengañaron los españoles: á una clavaron sus banderas, y formando círculo en torno, se pusieron de rodillas, y con lágrimas de ternura y despecho juraron desear ofertas seductoras y ser fieles á su amada patria. De Langeland zarparon el 13 de Agosto y se dirigieron al puerto de Gotemburgo en Suecia, donde aguardaron transportes, que les trajeron á las costas cantábricas á principios de otoño. Una relación sobre aquella expedición y su prodigioso desenlace dejó inédita el general Llanos: contadísimos deben ya sobrevivir de los que de ella formaron parte, pues Don Manuel Rosales se contaba entre los de años más juveniles, como nacido en Jerez de la Frontera el año de 1788 á 29 de Octubre, y de

mariscal de campo finó en Madrid el año de 1864 á 23 de Enero.

Lerin. — Con la segunda division de Andalucía ocupaba Don Pedro Grimarets á Lodosa, y á Don Juan de la Cruz Mourgeon previno que se situara en Lerin el 20 de Octubre de 1808 con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y algunos caballos, no pasando en total de mil hombres. Siete mil franceses los atacaron vigorosos, y repelidos fueron una vez y otra del convento de Capuchinos y del palacio hasta que, sin esperanzas de socorros y agotadas las municiones, se vió Cruz Mourgeon compelido á capitular con toda su gente, mereciendo alabanzas del jefe enemigo y alcanzando todos los honores de la guerra y hasta la promesa de canje inmediato.

Rosas. — Cerca de un més opuso resistencia firme esta desmantelada plaza al general Gouvion Saint Cyr y sus soldados. No capitaneaba el bravo gobernador Don Ramon O'daly más que tres mil hombres. Interceptado tenían los contrarios el camino, por donde aspiró á llevar socorros Don Mariano Alvarez de Castro, que mandaba la vanguardia del ejército de Cataluña, cuyo general en jefe pugnaba á la sazón por apoderarse con buenas y no cumplidas esperanzas de Barcelona, y así la guarnición desesperó de toda ayuda. Señores los franceses de un reducto, llave del atrinchamiento que resguardaba la villa, al ataque se arrojan durante la noche del 26 al 27 de Noviembre por entre los baluartes de San Antonio y Santa Maria. Tan obstinada fué la defensa que, de los quinientos españoles allí situados, más de trescientos cayeron sin vida y ciento cincuenta quedaron prisioneros. Aún se mantuvo algunos dias la ciudadela, hasta que la brecha fué practicable y precisa una capitulación honrosa. Al comandante del fortín de la Trinidad le cupo la dicha de salvar su tropa á bordo de buques ingleses.

Bubierca. — Perdida la batalla de Tudela por nuestros generales, hácia Calatayud comprendió Castaños su retirada; y la Junta Central mandó que fuera á Somosierra á cerrar á Napoleon el paso. De seguida se puso en movimiento, y al general Venegas dejó una division de cinco mil hombres, para que le guardase las espaldas. En Bubierca apostó este caudillo sus soldados, y ya el 29 de Noviembre se le vino encima el general Maurice Mathieu con duplicadas fuerzas. Todo el dia sostuvo sangriento y reñidísimo choque sin perder un palmo de terreno, y así atajó la persecucion de los franceses, dando lugar á que llegara Castaños tranquilo á Sigüenza con el grueso de los españoles.

Madrid. — Napoleon trajo aquí grandes refuerzos en persona, y débiles obstáculos halló en Burgos y en Somosierra, y á Chamartin vino el 2 de Diciembre. Temerario del todo fué el propósito concebido por los madrileños de resistir en poblacion abierta y sin tropa; mas, por descabellada que apareciera su tentativa, siempre así daban público testimonio al mundo de que sólo á viva fuerza pisaban su recinto los ejércitos imperiales. Y así y todo, nunca se avino á partido alguno el heroico vecindario: extramuros y en todas las puertas, desde la de Alcalá hasta las del Conde Duque y San Bernardino se le vió pelear durante los dias 2 y 3 de Diciembre con braveza. Aun despues de destruida la tapia oriental del Retiro por treinta cañones, se corrió el paisanaje á los parapetos ó las barricadas de la Carrera de San Gerónimo y de las calles de Alcalá y de Atocha. De capitulación solo hablaron las autoridades, y en contra emitieron algunos individuos de la junta sus votos. Don Tomás de Morla y Don Bernardo Iriarte obtuvieron

de Napoleon toda clase de garantías; y cuando el 4 de Diciembre se posesionaron de Madrid las tropas francesas, mustio y taciturno retiróse el pueblo á sus hogares.

Tarancon. — En Cuenca se reponia el ejército del Centro de sus derrotas pasadas, y sobre Tarancon determinóse á tomar la ofensiva su vanguardia impaciente y dirigida por Don Francisco Javier de Venegas. Allí habia novecientos dragones franceses, y guardias españoles, granaderos provinciales y de Murcia, cazadores de Barbastro y tiradores de España los arrollaron gallardamente el 25 de Diciembre; y á ninguno dejaron escape, si no se extraviara la caballería por efecto de la oscuridad de la noche. Con todo, su pérdida fué de cien soldados entre muertos, heridos y prisioneros; y una vez más experimentaron los invasores, que los mayores triunfos no les eximian aquí de continuos sobresaltos desde el mismo instante en que se ornaban de efimeros laureles.

Castelló de Ampurias. — Aun despues de rendida la plaza de Rosas, por sus inmediaciones campeaba la vanguardia del ejército de Cataluña. Al mando del marqués de Lazan iba una de sus divisiones, compuesta de cuatro mil soldados. Hermano mayor del popular Don José de Palafox y Melci era este jefe, y no se le quedaba atrás en patriotismo y en arrojo: ambas cualidades lució el 2 de Enero de 1809 junto á Castelló de Ampurias, donde hábilmente sostuvo un encuentro ventajosísimo contra los fieros enemigos de España.

Zaragoza. — Literalmente renovó esta ciudad esclarecida el heroismo de Sagunto y Numancia. Don José de Palafox y Melci tuvo la gloria de acaudillar á sus indomables paisanos: allí adquirió el tío Jorge una imperecedera fama: no hubo hombres, ni aun viejos y niños, que no lidiaran como españoles: señoras y mujeres del pueblo figuraron como heroínas; y las comunidades religiosas no abandonaron á los heridos ó dolientes de enfermedades ni ante el horrendísimo desplome de algunos de sus conventos. Imposible es bosquejar en reseña sucinta el valor y la constancia de la ciudad heroica durante sus dos sitios memorables. César Cantú equipara á las concisas y enérgicas frases de los antiguos espartanos la respuesta de Palafox á Lefebvre Desnoettes, cuando le propuso *Paz y Capitulación* en breve oficio, tras de arruinar casi todas las baterías españolas y teniendo practicables las brechas, pues dijo sin vacilaciones: — *Guerra á cuchillo.* — Además interpretaba fielmente los sentimientos de la muchedumbre, al asegurar que *defendería hasta la última tapia.* — San Genis era el ingeniero: siempre andaba por donde habia mayor estrago; y se le oyó decir de continuo que no se le llamara á consejo en el caso de venir á acomodos, porque jamás emitiría dictámen contrario á la prolongacion de la defensa. Cuál habia llegado á ser la situacion de aquella ciudad admirable, lo dijo á maravilla en excelente oracion fúnebre Don Nicolás Antonio Heredero y Mayoral de este modo: — «El Ebro y el Gállego con todos sus raudales no han podido apagar el fuego de cincuenta cañones y de innumerables proyectiles, que abrasan el famoso arrabal: sus intrépidos defensores se abren paso por entre espadas y llamas; parte se interna osadamente en la ciudad: tras ellos viene el enemigo concentrando sus fuerzas, procurando avanzar por entre cadáveres y escombros; humanos espectros y esqueletos vivos le asombran todavía, saliéndole al encuentro. Rodea en fin la calle del Sepulcro, cuyo nombre corresponde perfectamente á su conquista; conquistado habeis, valientes del Sena, un sepulcro, un panteon, un cementerio, que

ya no es más Zaragoza. Cincuenta y cuatro mil cadáveres, cuyos huesos yacen esparcidos por el vasto ámbito de la ciudad, ofrecen en ella el espectáculo del campo lleno de huesos, que vió Ezequiel profeta.» — Ya reducidos los zaragozanos á las mayores extremidades, Don Pedro Maria Ric fué el 19 de Febrero de 1809 al cuartel general de los franceses con algunos individuos de la junta: aquel varon respetable no era hombre de espada, sino de toga, y habia opinado contra la entrega: á sus proposiciones de ajuste respondió el mariscal Lannes de contado: — «Se respetarán las mujeres y los niños, con lo que está concluido el asunto.» — «Ni aun empezado, se oyó replicar á aquel español ilustre con grave entereza; eso sería entregarnos sin condicion á merced del enemigo, y en tal caso continuará defendiéndose Zaragoza, pues aún tiene armas, municiones, y sobre todo puños.» — Y así obligó al mariscal orgulloso á que escuchase y admitiese razones. Años adelante el mismo Napoleon ponía la conducta de Zaragoza por modelo á los parisienses, cuando sobre su capital avanzaban austriacos, prusianos y rusos. Esto es bastante á dar una idea no muy vaga de lo que la ciudad insigne llevó á cabo durante los cuatro meses largos de sus dos sitios.

Mora y Consuegra. — Al frente de once mil hombres de todas armas hizo el duque de Alburquerque una excursión atrevida desde las faldas de Sierra Morena hasta Mora, de donde ahuyentó al general Dijon y á seiscientos dragones, derrotados por los jinetes de España y Pavia sobre el camino á la retirada; y despues metióse triunfante en Consuegra el día mismo de la capitulación de Zaragoza.

Valls. — Jefe era el general Don Teodoro Reding del ejército de Cataluña, y no queriéndose meter en Tarragona sin batalla, junto á Valls se la presentó al general Saint Cyr y sus tropas. Cuatro horas les disputó ventajosamente el paso, abierto al fin á impulso de considerables refuerzos y en muy reñida lucha. Por entre las escabrosidades se salvaron nuestros soldados: jinetes enemigos alcanzaron al general en jefe, que rompió brioso por medio de muchos caballos, si bien sacando heridas, de las cuales bajó pronto al sepulcro. A 28 de Febrero de 1809 fué esta jornada, en que no salió galardonado el denuedo por la fortuna.

Villafranca del Vierzo. — Arrimado á la frontera de Portugal se mantuvo el marqués de la Romana con nueve mil hombres en Galicia, despues de sucumbir Moore y de embarcarse los ingleses en la Coruña. Hacia Portugal llevó su ejército el mariscal Soult á principios de Marzo; y entonces sobre Asturias se puso el marqués de la Romana en movimiento. Dentro de Ponferrada hallaron sus tropas un cañon de grueso calibre, y esta casualidad indujo á tentar un ataque sobre Villafranca del Vierzo, ocupada por mil contrarios. Quinientos más españoles condujo el general Don Gabriel de Mendizabal á la empresa, que tuvo dichoso remate el 19 de Marzo. Tambien figuró á los dos meses como segundo de Don Nicolás Mahy en la derrota del general Fournier junto á Lugo.

Alcañiz. — De Tortosa partió el general Don Joaquín Blake á 7 de Mayo con ocho mil hombres, para sostener y fomentar los brios de los aragoneses, no rendidos á la mala fortuna; y delante de Alcañiz presentóse de modo que hubo de evacuar la poblacion el general Laval de prisa. No cortos refuerzos trajo Suchet de Zaragoza; y así españoles y franceses vinieron el 23 de Mayo á batalla con fuerzas iguales. Tras de conservar don Joaquín Blake sus posiciones todas contra sólidas columnas, impelidas á bien concertados ataques, se determinó á tomar la ofensiva, y tan gallardamen-

te lo puso por obra que despavoridos y en tropel llegaron los franceses de noche á Samper de Calanda, no sin dejar sembrado el camino de muertos, heridos y rezagados.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

(Se concluirá).

HISTORIA DE NAVARRA.

RONCAL Y TUDELA.

Las inmensas soledades de la Bardena, de ese Sahara de Navarra, sirvieron de escena á un horrible drama, que tuvo lugar en una mañana fria, nebulosa y húmeda, como que era del mes de diciembre. La poderosa influencia de los magnates de Tudela, alcanzando de la debilidad del rey don Juan de Albret la expulsion de los roncaleses del goce y aprovechamiento con sus ganados de ese gran desierto, recrudeciendo la enemistad con que se miraban ambos pueblos, dió margen á tan espantosa representacion. Entonces Tudela, como en el día, encerraba una gran riqueza pecuaria, y pueblos ambos ganaderos, estaban hacia mucho tiempo separados por esa envidia instintiva, que no nos permitimos llamarla emulacion, porque esa palabra respira nobleza, que inspira el egoismo contra todos aquellos que viven de una misma industria.

Sordos los roncaleses á la voz de aquel monarca, seguian campeando por la Bardena, llevando trazas, tal era la tranquilidad con que permanecian sobre el terreno del que tan cruelmente se les desheredaba, de no respetar el mandato real.

En la época de que hablamos, de tan ponderado prestigio para la autoridad, el rey no se cuidaba de que se cumplimentasen sus órdenes, ó si se cuidaba disimulaba mal su poca fuerza, porque el pueblo de Tudela, al conocer la pereza ó impotencia real, tomó sobre sí la responsabilidad de hacer que se cumplimentasen y aun de castigar severamente á los rebeldes roncaleses. Algun acontecimiento de suma gravedad debia preocupar al burlon y satírico pueblo de Tudela, en uno de los últimos días del mes de noviembre del año 1496, segun la bulliciosa algaraza que reinaba, sostenida por agudos y picantes chistes, entre una gran turba de hombres y mujeres que se agrupaban alrededor de la casa de la ciudad. Era, segun lo hemos averiguado, que dentro se deliberaba sobre la rebeldia de los roncaleses, que dentro se discutian los grados de su culpabilidad, y que allí se discurría el castigo que merecia su insolente desobediencia. Una gran borrasca parlamentaria, como ahora la llamaríamos, segun el calor con que disputaban, tenia lugar dentro de la sala de sesiones. La voz de la justicia, reprobando toda agresion violenta; la voz de la prudencia, predicando la calma y la moderacion, haciendo conocer las probabilidades de un desastre en una lucha con un pueblo sóbrio, valiente y robusto como el roncalés, con ese pueblo nómada, el único quizá del mundo civilizado que no ha renunciado hoy de sus primitivas costumbres, y que el valor desplegado en la batalla de Roncesvalles le dieron un nombre inmortal en la historia, fueron ahogadas por los tumultuosos gritos de la venganza. Porque ¡guer-

ra y venganza! gritó con atronadora voz, apurando los restos de su bética impaciencia, el impetuoso Verispe, joven ardiente, de corazón arrogante como arrogante su figura, y guerra y venganza! respondió desde fuera el populacho tudelano, que como todos, y entonces como ahora, es el general supremo que decide el fallo de todas las causas que las circunstancias le conceden el derecho de intervenir.

Triunfante, pues, la idea de la guerra, dispúsose aceleradamente la organización de la fuerza expedicionaria, y en la mañana del miércoles 1.º de diciembre de 1496, y sin detenerlo la espesa y húmeda neblilla que oscurecía el día y empapaba sus vestidos, y orgulloso de ser la admiración de las lindas tudelanas, que lo despiden con voluptuosos suspiros, vióse el garboso Verispe, que oprimiendo los respetuosos lomos de su cuidado caballo, y empuñando la bandera de la ciudad, con el trapo desplegado, salía hacia el puente de Tudela seguido de setenta hombres á pie y á caballo, formando la última tropa lo mas florido de la aristocrática juventud tudelana, llevando tan numeroso bagaje, que sobre afeár su aspecto guerrero, embarazaba la marcha. Haciendo su primera etapa en Arguedas, donde descansaron hasta las doce de aquella noche, las campanadas de esta hora los puso en movimiento á su destino, que al despuntar la aurora los hallamos sorprendiendo los llanos de la Destroza.

Como pasa en el día, sucedía en aquella época; los aprovechamientos comunes de la Bardena, son como todos, del que primero los ocupa, y sin embargo, una repartición tácitamente practicada tiene lugar por mútua conveniencia, presidiéndola un sentimiento de equidad, que en interés de todos está en respetarla. Por este reparto tácito fueron las llanuras de la Destroza patrimonio aquel año del roncalés Vicente de Esnal, anciano venerable, que rodeado de siete hijos y contemplándose orgulloso de ver tan profusamente reproducida su raza, se resguardaba del frío de la mañana al abrigo de su barrera, secando la humedad recogida por la noche con el calor de una hoguera, porque es decir, los pastores en la Bardena no tienen mas techo que las azuladas bóvedas del cielo. Dulcemente entretenidos con su inocente conversacion, sin sospechar su próximo peligro, cuando una ráfaga de viento enviada por su ángel de la guarda, dispersa la niebla que envolvía y ocultaba al cuerpo de Tudela, y les hace conocer sus disposiciones hostiles.

El anciano, al momento, con la rapidez del rayo, todo lo adivina, y sintiendo reverdecer dentro de su pecho su marchito coraje, se apresta á una heroica defensa, mandando á sus hijos con la voz del ejemplo. Fiada la hueste tudelana en su superioridad numérica embiste rícidamente, y con sorpresa suya, rícidamente se le resiste, trabándose sorda é imponente lucha. Allí no había carabinas á la Minie; allí no se conocía el ataque en forma de cuña, pero había buenas hondas hábilmente manejadas, y á la estrategia la suplía el bravo corazón de cada combatiente.

Dos horas de lucha, en que ocho roncaleses, protegidos por estensas sardas de leña, que inutilizaban el concurso de la caballería enemiga, resistían tenazmente á las fuerzas tudelanas, cuando la desproporción del número debía por último, dar sus ventajas. Ceden aquellos; mejor dicho, venden el terreno, porque Tudela lo compra con la sangre de los mas valientes, y los siete jóvenes de ligeras piernas, abandonan en un momento de flaqueza al intrépido anciano, que llorando, no su muerte sino la cobardía de los hijos,

les grita dando á sus pulmones la fuerza de la juventud, ¡corred, corred, corazones de mujeres, pero volved siquiera la vista atrás y aprended de vuestro padre como ofrece su sangre en holocausto del buen nombre del valle! ¡Mirad, como Voluntario, nuestro leal mastín, me acompaña al sacrificio! vosotros, cobardes, me abandonáis cuando él no me abandona! Tan sublime abnegación, tanta grandeza de ánimo delante de la eternidad, admira al enemigo y detiene el hierro levantado ya para herirle. Sálvese el anciano, porque los hijos avergonzados de una fidelidad á menos prueba que la del noble animal, se bautizan de su pecado cobarde, volviendo con enérgica decisión al lado de su padre, lo cubren con sus pechos y todos á porfía se disputan el puesto de mas peligro para continuar una lucha empezada con tanta gloria. Mientras tanto, el ruido del combate es el alambre que comunica á Domingo Garde, Pedro Bertol y Pedro Beriz, mayores de Uztarroz, de Vidangoz y Burgui, el lugar donde se pelea por el honor de Roncal. Engruesadas las filas roncalesas con los pastores que conducen estos caudillos, hasta ponerse á la par, el combate es mas igual. Gente fresca, y mas robusta y mas ágil que la de Tudela, á los que embaraza sus movimientos la necesidad de proteger su bagaje, el dios de la guerra, indeciso ante tanto valor para conceder la victoria, les dispensa ahora sus favores, obligando al enemigo á pronunciarse en retirada. Esta, dicho sea en honor de Tudela, se verifica con valentía, con orden, imponiendo respeto al enemigo como si el gran génio militar de Moreau la guiara, hasta que un ataque de los montañeses, emprendido con toda la fuerza de la desesperación, rompe los lazos de este orden sin que nada valiera para unirlos los rasgos de valor con que se señalaba Verispe, y los pone en completa dispersión, principiando una horrible matanza. Sangre navarra la que combatía, que en todas las guerras ha asombrado al mundo con la grandiosidad de su valor, ni se concedía ni se demandaba cuartel. Estaban todos dotados de indomable orgullo para humillarse á pedir una vida, que se perdía con indiferencia, sin murmurar una queja, y veintion tudelanos, entre ellos los nobles Martin de Peralta, Eslava, Castel-Ruiz y su hijo y el justicia Avendaño, pagaron con su vida su injusta agresión, y mayor fuera su número si el héroe de la jornada, el viejo Esnal, no se hubiera interpuesto entre los suyos gritando en vasconce: ¡asquidad, asquidad! ¡Basta, basta! Retirados los roncaleses hasta Sancho Abarca, llevándose el rico bagaje de Tudela, comunicaron al valle los detalles de este suceso, estallando tal indignación, que nosotros la santificamos por el motivo, que en junta general acordaron comisionar á los alcaldes de Urzainqui y Burgui para desafiar á Tudela á mortal combate, que aceptado por la valiente ciudad mayores hubieran sido las desgracias que lamentar, si el rey dispersándose aunque tardamente de su sueño, no lo impidiera, lavando su culpable apatía llamando á ambos rivales á una conciliación, fácil de conseguir entre dos pueblos valientes. Si ahora se nos pregunta porque exhumanos este suceso histórico, envuelto hasta ahora en la noche de lo desconocido, cuando el respetabilísimo escritor tudelano señor Yanguas y Miranda no lo ha consignado en sus preciosas antigüedades, mas cuando en ellas se refiere á las sangrientas dimensiones de ambos pueblos, que pueda despertar su antigua animosidad ó herir su susceptibilidad, respondémos, que sobre no ser posible reanimar aquel odio, muerto por los rayos de la civilización, en nada puede lastimar el amor propio del vencido, porque cuando dos pueblos se